

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,  
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN ACTO DE INAUGURACION  
DEL PRIMER ENCUENTRO NACIONAL JUVENIL DE MEDIO AMBIENTE

SANTIAGO, 25 de Septiembre de 1991.

Estimados jóvenes:

Agradezco a la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica su invitación para participar en esta Jornada Inaugural del Primer Encuentro Nacional Juvenil del Medio Ambiente, un evento que es ejemplo de iniciativa, entusiasmo y participación de los jóvenes.

Esta casa universitaria, que ha hecho tantos aportes a la vida nacional, acoge hoy cerca de mil expresiones juveniles de literatura, artes plásticas, visuales y gráficas, y de aportes científicos y tecnológicos relacionados con el tema del medio ambiente, lo que es prueba del espíritu innovador y creativo que existe en nuestra juventud. Felicito a cada uno de los jóvenes que, convocados por la FEUC, destinaron tiempo, esfuerzo y cariño, en distintos lugares de nuestro territorio, a expresar en estos interesantes trabajos el amor a su tierra y a la vida.

Cuando ustedes se organizan y manifiestan su preocupación por el medio ambiente, por el deterioro de nuestros recursos naturales, por los fenómenos de contaminación, por la calidad del hábitat urbano de nuestra población, están expresando amor por la vida, por la de quienes comparten nuestro tiempo y la de quienes vendrán después de nosotros. Están expresando, también, un compromiso con nuestra patria, que nos demanda preocupación por sus problemas y esfuerzos para solucionarlos. Es propio de la gente joven una mayor sensibilidad -que suele llegar hasta la rebeldía- frente a realidades que repugnan a su conciencia moral, a sus conceptos de bien, de verdad, de justicia, de belleza, de fraternidad humana.

Esa sensibilidad puede expresarse en un mero testimonio, o en capacidad para concebir cambios y voluntad para luchar por ellos.

Los países, especialmente las naciones jóvenes y en vías de desarrollo como el nuestro, requieren de este aporte de su juventud. Lo necesitan, especialmente, en sus tareas prioritarias de asegurar la libertad, derrotar a la pobreza, impulsar el crecimiento y conquistar la justicia social. La requieren, asimismo, para cuidar sus recursos naturales, impedir la degradación

ambiental y lograr así una mejor calidad de vida para sus pueblos.

Es triste comprobar que, en los últimos años del segundo milenio de la era cristiana, nos encontremos con que nuestro mundo enfrenta tan agudos problemas de degradación ambiental porque nuestra generación y las que nos antecedieron no supimos cuidar adecuadamente a la Naturaleza. Cumpliendo el mandato bíblico, los hombres nos hemos esforzado, a través de los siglos, en dominar al universo y aprovechar todas sus potencias naturales para conquistar mayor bienestar y más poder, pero lo hemos hecho olvidando que los recursos naturales no son ilimitados y han de servir no sólo a las generaciones presentes, sino también a quienes vengan después. Este olvido, traducido en uso descuidado y abuso irresponsable, cuando no francamente destructor de esos recursos, se ha traducido en creciente degradación y contaminación ambiental.

Este fenómeno se ha visto agravado en los últimos decenios por los excesos del consumismo, convertido por muchos en fin de la vida, lo que ha terminado por deteriorar la calidad de vida de la población. Como señalara con lucidez Octavio Paz en su discurso al recibir el Premio Nobel:

"El mercado tiene una relación muy directa con el deterioro del medio ambiente. La contaminación no sólo afecta al aire, a los ríos, y a los bosques, sino también a las almas. Una sociedad poseída por el frenesí de producir más para consumir más, tiende a convertir las ideas, los sentimientos, el arte, el amor, la amistad y las personas mismas en objetos de consumo. Todo se vuelve cosa que se compra, se usa y se tira al basurero. Ninguna sociedad había producido tantos desechos como la nuestra. Desechos materiales y morales".

La ilusión de la prosperidad sin límites se ha convertido, paradójicamente, en un peligro para la humanidad.

En nuestros días, felizmente, la comprobación del deterioro ambiental a nivel del planeta está generando una creciente movilización internacional, que también ha llegado a nuestro país.

Son, especialmente, las jóvenes generaciones de estudiantes, trabajadores y profesionales como ustedes, quienes con su inquietud y preocupación han provocado este despertar.

Es cierto que desde los orígenes de nuestra historia ha habido en Chile hombres y mujeres que nos alertaron sobre la fragilidad de nuestro territorio y se preocuparon de nuestros recursos naturales. Muchos trabajaron en silencio, generalmente en medio de incomprensiones y con escaso apoyo, estudiando los recursos de nuestra patria y desentrañando sus riquezas. La mayoría de nuestra sociedad, sin embargo, vivió de espaldas a su propio territorio y a las posibilidades que éste le ofrecía. Así lo demuestra la situación a que hemos llegado, cuyo grado de deterioro todos podemos comprobar.

Más del 50% de los suelos productivos de Chile sufren algún grado de deterioro, producto de la acción del hombre. En algunas áreas, como en la Cordillera de la Costa de la zona central, 3 de cada 5 hás. sufren de erosión

entre moderada a muy grave.

Las tasas de recolección o captura de nuestros recursos hidrobiológicos, peces o mariscos, han sido superiores a su capacidad de recuperación, lo que ha obligado a la permanente imposición de vedas y controles sin que se haya podido impedir los serios peligros de extinción de varias especies.

Aún nuestro país no dispone de un catastro completo y confiable de sus recursos forestales nativos. No sabemos bien cuál es la distribución, el estado y la calidad de ese recurso básico para el futuro de Chile.

El crecimiento en extensión de las ciudades es preocupante. Santiago, que en 1970 tenía 36.000 hectáreas, hoy tiene 50.000 hás. construidas. Es decir, entre 1970 y 1991, ha crecido casi un 40% del crecimiento total que había tenido desde su fundación en 1541. Esto no sería de por sí tan grave sino fuera porque muchas de nuestras ciudades están instaladas sobre los mejores suelos del país. En el caso de Santiago, el 90% del crecimiento de estos años se ha hecho sobre los suelos de mayor productividad del país, calidad que sólo tiene un 4% del territorio nacional.

Podríamos dar muchos otros ejemplos de fenómenos de deterioro ambiental. Nuestra capital ha tomado bastante conciencia de la contaminación atmosférica que nos afecta. Pero como país debemos saber también que aproximadamente el 98% de las aguas servidas de nuestros alcantarillados son descargadas en cursos de agua sin tratamiento. Sólo en Santiago se recolectan 4.000 toneladas diarias de basuras y no sabemos a ciencia cierta qué ocurre con los residuos industriales líquidos y los peligrosos o tóxicos.

Estos antecedentes ilustran acerca de la complejidad y magnitud del desafío que enfrentamos. Ellos revelan que es necesaria la intervención del Estado para garantizar un derecho humano fundamental como es el de crecer y desarrollarse en un ambiente sano.

Frente a esta tarea nuestro gobierno ha empezado a actuar. Por primera vez en Chile se está definiendo una política ambiental explícita y de largo plazo, en la que estamos avanzando con decisión, aún cuando sus resultados demoren años en apreciarse. Así también ha sucedido en todas las experiencias exitosas en el mundo en esta materia.

Los esfuerzos de la Comisión Especial de Descontaminación de la Región Metropolitana por aplicar un Plan de Acción frente a los problemas atmosféricos e hídricos de nuestra capital, la reordenación en marcha del sistema de transporte, el inicio de inversiones significativas para reducir las emisiones de contaminantes atmosféricos, la puesta en marcha del plan de tratamiento de aguas servidas mediante el abovedamiento del zanjón de la Aguada y la instalación de una planta piloto, son pasos concretos en la ejecución de esa política ambiental.

Por otra parte, la instalación y puesta en marcha de la Comisión Nacional del Medio Ambiente como organismo coordinador de las competencias de la administración pública en la materia, ha permitido ir incorporando, gradualmente y con realismo, criterios ambientales en la gestión de los

distintos ministerios y organismos públicos.

El pronto conocimiento del catastro de toda la legislación ambiental vigente, que comprende más de 1.200 normas dispersas en distintas leyes; los diseños de fortalecimiento de la gestión sectorial y regional en marcha y, sobre todo, los avances en materia de educación ambiental y la preparación de una propuesta seria y bien fundada de una nueva legislación ambiental adecuada a la realidad y los problemas de nuestro país, -legislación que esperamos proponer en el curso de este año- son señales claras, aunque no espectaculares, del compromiso político de mi gobierno de avanzar resueltamente en este campo.

Reconozco con franqueza que el tiempo nos urge. Quisiéramos avanzar más rápido, tener más resultados visibles y resolver pronto los más urgentes problemas ambientales. Pero todos han de entender que este esfuerzo es un proceso, que exige tiempo, constancia y paciencia. Estamos apenas dando los primeros pasos, orgánicos y fundados, de un largo camino, en el cual todos los chilenos tenemos un papel que cumplir. No es sólo tarea del gobierno, sino de la comunidad nacional entera.

Hace pocos días, en otro evento juvenil, señalé que ustedes los jóvenes representan una oportunidad y una esperanza para nuestros pueblos, porque sin la participación y dinamismo de la juventud corremos el riesgo de estancarnos. Su energía, su creatividad, sus ideales y sus críticas, sus exigencias frente a la realidad, sus impacencias, sus estímulos y aportes son valiosísimos para avanzar hacia una sociedad desarrollada y justa. Reafirmando esos conceptos, hoy quiero explicitar que sin ustedes, sin su colaboración y su entusiasmo, tampoco podremos construir el Chile limpio que queremos.

Concretar estos propósitos nos exige ser capaces de diseñar y poner en práctica mecanismos de participación para que los jóvenes puedan expresar sus intereses y, sobre todo, movilizar sus energías en esta causa de la defensa del patrimonio ambiental, que compromete no sólo el presente sino sobre todo el futuro de nuestro país y de su gente.

Los invito a seguir en este camino, formular propuestas concretas en este sentido, superando, como ustedes lo están haciendo, la etapa de las denuncias espectaculares y avanzando hacia un mayor conocimiento de nuestro territorio, de sus recursos, de sus problemas y de sus potencialidades. Se trata de que la participación sea de aportes y no sólo de proclamas.

La juventud está llamada a mirar hacia adelante.

Sé también que es propio de la juventud la búsqueda de coherencia interna, de un proyecto de vida que fije un horizonte y un camino por donde transitar, en diálogo con sus hermanos, construyendo la justicia y la solidaridad. El encuentro con la naturaleza y una adecuada relación con ella, forma parte de esa búsqueda.

Los invito a no dejarse estar. Que vuestro amor por la vida se exprese, también, en el cuidado de este territorio de loca geografía que Dios y nuestros antepasados nos legaron, para protegerlo, sanarlo y desarrollarlo, condición

indispensable para conquistar una buena vida humana para todos nuestros compatriotas.

Así, esta tierra hermosa, que Subercaseaux llamara "el país de las montañas tranquilas, de la tierra inquieta, de los espejos azules, de la noche crepuscular", será también la nación de hermanos que juntos construyen su futuro.

Muchas gracias.

\* \* \* \* \*

SANTIAGO, 25 de Septiembre de 1991.

M.L.S.